

ECLIPSES
Raúl Hernández Garrido

(Dos mujeres frente al mar, tendidas sobre la arena, a pleno sol. Sus edades: ANA, de 45 a 50 años, muy bien llevados. BELÉN, de 30 a 35, con problemas de cartucheras. ANA reposa boca arriba, plácidamente, absorbiendo hierática cada fotón de luz. BELÉN se remueve en la toalla. La arena la invade. Se levanta y se limpia la arena. Sacude la toalla. Salpica de arena a ANA. Ésta apenas reacciona. BELÉN sacude la toalla con más fuerza, dirigiendo todo su esfuerzo a llenar de arena a su amiga. ANA se levanta y la mira. BELÉN, entonces se sienta en su toalla, como si no tuviera conciencia de lo que ha hecho. ANA vuelve a su plácido reposo. BELÉN saca una bolsa de pipas. Las casca. Se las ofrece a Ana.)

BELÉN. - Pipas.

(PAUSA.)

¿Pipas?

(PAUSA.)

¡Pipas!

(ANA rechaza con un gesto seco.)

ANA. - Se me abren los labios.

BELÉN. - Son sin sal.

ANA. - No, gracias.

BELÉN. - Creí que te gustaban.

ANA. - Nunca...

BELÉN. - ¿Nunca? Creo haberte visto comer bolsas y bolsas.

ANA. - Cuando dejaba de fumar.

BELÉN. - ¿Cuándo has dejado tú de fumar?

ANA. - Por eso ya no como pipas.

BELÉN. - Tiene su lógica. La tuya. Si algo no te vale, mejor deséchalo. Y ahora, ni probarlas, ni dar siquiera gracias, no quiero, muchas gracias.

ANA. - Gracias, no quiero, muchas gracias.

BELÉN. - Espero que no te moleste que me ponga aquí, contigo.

ANA. - ¿Cómo me va a molestar? Pro cierto, en todo lo que llevo, no han venido.

BELÉN. - ¿Las esperabas para algo?

ANA. - No.

BELÉN. - ¿Te extraña que no hayan venido?

ANA. - Ni hoy ni desde hace unos días.

BELÉN. - Mira, te guste o no, quiero hablar contigo a las claras...

ANA. - Me aburres.

BELÉN. - ¿Qué?

ANA. - Vas a acabar haciendo que me coma tus pipas.

BELÉN. - No te volveré a hablar de pipas.

ANA. - No es sólo eso. Vamos, tú ya sabes qué es lo que digo. Y sin hacerte la tonta.

BELÉN. - No he dicho nada.

ANA. - Ni hace puñetera falta.

BELÉN. - Hace calor. Es un agobio de calor. Nada más.

ANA. - No hace tanto calor.

BELÉN. - Es el agobio más que el calor. El bochorno. Con la lluvia que cayó anoche. Se nota en que no hay tanta gente.

ANA. - Se está bien aquí sola.

(PAUSA. ANA cierra los ojos y hunde su cabeza en la toalla. BELÉN mira a alguien, lejos de donde están ellas. Se mueve inquieta, produciendo la inquietud de ANA.)

ANA. - ¿Sigues ahí?

BELÉN. - Mira, ése es de la tele. Míralo, se va.

ANA. - ¿Dónde?

BELÉN. - Allí, a la altura de los surferos.

ANA. - No le veo.

BELÉN. - Por lo menos míralo. Es uno de los hombres más interesantes que conozco.

ANA. - ¿Conoces a tantos?

BELÉN. - A más de los que tú te crees.

ANA. - ¿Qué harías con él?

BELÉN. - Locuras.

ANA. - ¡Locuras!

BELÉN. - Sí, locuras.

ANA. - Qué raro oírte hablar así. Es como si quisieras meter las palabras de otro en tu boca. Y no caben.

BELÉN. - Parece que tú sabes muy bien cómo soy yo.

ANA. - Un poco, sí.

BELÉN. - Crees saber muchas cosas.

ANA. - No quiero que te molestes...

BELÉN. - No, ¿molestarme? Sólo tengo que mirarte y entonces todo va bien.

ANA. - ¿Qué insinúas?

BELÉN. - Tú eres una mujer de experiencia, lo sé. Todo el mundo lo sabe. Tú siempre presumes de ello. Lo que hay que hacer, cómo comportarse, cómo vestirse. Ser chic o elegante. Clásica y moderna. Tantas cosas sabes. Muchas veces te he pedido consejo. Te estaría oyendo durante horas enteras, sin abrir la boca. Pareces tener siempre la res.puesta adecuada. Y sé que podía aprender tanto de ti. Las cosas que me pierdo ahora mismo. Me paso el tiempo en el hospital

mientras tú sí que sabes vivir. ¿Qué hiciste durante todo el día de ayer? Habíamos quedado en vernos.

(ANA no responde. Toma un espejo de mano y se examina las cejas, las comisuras de los labios, los párpados. Saca un lápiz de labios y se repasa la pintura. BELÉN la mira.)

ANA. - No sé cómo no me voy...

BELÉN. - Estabas esperando a alguien.

ANA. - Eso no me impide irme cuando quiera.

BELÉN. - Hazlo.

ANA. - ¿Me vas a echar tú?

BELÉN. - ¿Yo?

ANA. - Sólo tengo que sentarme al otro lado de la playa. Con eso, se acabó el problema.

BELÉN. - No te lo recomiendo. Allá no hay quien respire. No es tu estilo, mezclarte con cualquiera.

ANA. - Me da igual. Con tal de estar sola.

BELÉN. - Sola entre tanta gente. Hoy esto está que revienta. Debe ser por el eclipse.

ANA. - El eclipse.

BELÉN. - El eclipse. Es hoy.

ANA. - Lo había olvidado.

BELÉN. - Te olvidas hasta de cuándo va a ser el fin del mundo.

ANA. - No estoy para cosas como esas.

BELÉN. - Será que no ves la televisión.

ANA. - Será.

BELÉN. - De todas maneras, se acabe o no el mundo, tienes razón. Tampoco es para tanto.

ANA. - Un eclipse. Cosas que acaban y empiezan.

BELÉN. - Bonita reflexión, viniendo de ti.

ANA. - ¿Seguro que es hoy? No se ve nada.

BELÉN. - No hay nada que ver.

ANA. - Todo debería estar oscuro.

BELÉN. - Falta una hora para el apogeo. De todas maneras, no es total.

ANA. - Seguro que en la Costa Azul es total. Ah, Niza, el eclipse y aroma de azahar.

BELÉN. - Total es en África.

ANA. - Exótico.

BELÉN. - ¿Te parece bien África? Nairobi.

ANA. - Mejor Saint - Tropez.

BELÉN. - Si la señorita prefiere otro sitio...

ANA. - ¿A qué hora era?

BELÉN. - A las dos cuarenta.

ANA. - ¿En punto?

BELÉN. - La luna cubrirá al sol.

ANA. - Y todo se pondrá oscuro.

BELÉN. - En Kenia. Aquí es parcial.

ANA. - Algo se verá.

BELÉN. - Nada.

ANA. - Con un cristal oscuro. ¡Tus gafas!

BELÉN. - Ni se te ocurra.

ANA. - No te las voy a romper.

BELÉN. - Te quedarías ciega.

ANA. - Teniendo cuidado...

BELÉN. - No.

ANA. - Es un eclipse.

BELÉN. - Ni aunque realmente sea el fin del mundo. ANA. - Tonterías. Al fin y al cabo, nada se acaba.

(PAUSA.)

Lástima no verlo.

BELÉN. - ¿Qué es lo que se ve de un eclipse?

ANA. - ¿De un eclipse? Por ejemplo, la relatividad.

BELÉN. - ¿La relatividad?

ANA. - Einstein. La luz que se curva.

BELÉN. - ¿Y se ve con unas gafas?

ANA. - No lo sé.

BELÉN. - Me asombras. Primero, no sabes si va a ver un eclipse o no. Y luego, eres toda una autoridad en la materia.

ANA. - ¿Qué hora es?

(Una nube pasa por encima de ellas.)

¿No decías que no iba a ser total? Está oscureciendo.

BELÉN. - No va a ser total. Es una nube. ¿No lo ves?

ANA. - Claro.

BELÉN. - No tiene nada que ver una cosa con la otra.

ANA. - Ya.

BELÉN. - ¿Entonces?

ANA. - Una broma, hija

BELÉN. - No lloverá.

ANA. - ¿Te preocupa por el eclipse?

BELÉN. - Me preocupa porque he venido a tomar el sol y estar contigo. Pero no lloverá.

ANA. - Esa nube, ahora que la veo...

BELÉN. - No.

ANA. - No puedes saberlo.

BELÉN. - Por lo menos, no ahora, ni en una o dos horas. Ahora no puede llover.

ANA. - ¿Te fías del hombre del tiempo? Escucha: un trueno.

(BELÉN no responde. Le pide el bronceador, y ANA se lo pasa con escepticismo. BELÉN se embadurna con el bronceador. ANA la ignora, echándose boca abajo. Un nuevo trueno. ANA la mira, victoriosa. BELÉN se pone las gafas de sol y busca su nirvana cascando pipas. La nube se

retira, dejando la escena más soleada que antes. ANA se incorpora y mira a BELÉN, que no acusa ninguna reacción.)

...Bruja.

BELÉN. - ¿Pipas?

(ANA se mira las uñas de los pies. BELÉN se incorpora y la mira. Pero su atención se ve atraída por un punto cercano. Mira sin comprender, se da cuenta de lo que pasa y reacciona: su rostro se altera por la indignación.)

Qué descaró.

ANA. - ¿Qué?

BELÉN. - Esos de ahí.

(ANA les mira guiñando los ojos. Cambia sus gafas de sol por unas de ver bastante horribles.)

ANA. - ¿Qué hacen?

BELÉN. - Mirar.

ANA. - ¿Al eclipse?

BELÉN. - A nosotras.

(ANA le mira a BELÉN a las cartucheras.)

ANA. - ¿Estás segura?

BELÉN. - ¿No lo estás viendo?

ANA. - Te querrán pedir pipas, y no se atreven.

BELÉN. - Déjate de pipas y mírales las caras.

ANA. - Uf.

(ANA esconde las gafas de ver, se atusa la cara y el pelo y, con una amplia sonrisa, saluda agitando los brazos.)

BELÉN. - ¿Los conoces?

ANA. - De nada.

BELÉN. - Los has saludado.

ANA. - Ellos me han saludado. Simpáticos, ¿no?

BELÉN. - Qué cara de imbéciles.

ANA. - No.

BELÉN. - Mira, se ríen.

ANA. - Están contentos.

BELÉN. - Mira. Mírales.

ANA. - No hagas eso.

BELÉN. - Estúpidos.

ANA. - Son unos chicos, nada más.

BELÉN. - ¡Nada más!

ANA. - Ya se han ido.

BELÉN. - Lo peor es no saber desde dónde te pueden entrar.

ANA. - Anda, Madre Teresa, échame crema en la espalda.

(BELÉN se arrodilla al lado de ANA, echada bocaabajo, con los ojos cerrados.)

BELÉN. - ¿Te duermes?

ANA. - Ojalá.

BELÉN. - Estás demasiado callada.

ANA. - Shhh.

BELÉN. - Ana...

ANA. - ...se está bien aquí. Acaba una suave, como la seda. Podría pasarme todo el día con los ojos cerrados, tumbada sobre la toalla, sin pensar en nada. Con el sudor resbalando...

(ANA se sacude las manos y vuelve a su toalla, sobre la que se queda sentada.)

BELÉN. - ...podrías ir a verla. Al fin y al cabo, es agua pasada. Cosas que se dicen, se hacen, y luego se olvidan y se perdonan. Yo no dejaría que eso mereciera la pena. Pásame el spray...

ANA. - ...viene a casa y no hay quién le aguante. Un invierno insufrible. Sin poder hacer otra cosa que esperar que venga y aguantar sus desplantes. Nada que hacer. Y aquí, en cambio. No tengo por qué pensar en nada...

BELÉN. - ...es gracioso que hubieran roto ahora cuando todos creíamos que las cosas les iban bien. Siempre, qué buena pareja hacen. Qué felices. Qué envidia. Y a la mínima se acabó, y allá cada cual con su desgracia...

ANA. - ...no sé qué hacer de cena. Siempre el mismo cantar. Y no he sacado nada del congelador. Siempre a ver qué le pongo de cena. A ver. Puré de puerros, para uno vale, los pimientos que freí, quedarán dos o tres, nada más...salchichas y huevos...de sobra para alimentar al cerdo...Pero por qué pienso en...media vuelta...

BELÉN. - ...la última vez que los vi juntos... Ella tenía ojos de llorar. Y él ponía cara falsa de felicidad. Y los dos me preguntaron por ti. Creyeron que tomarías partido. Pero a veces hay que aguantar el tirón. Sobre todo ahora. Haya pasado lo que haya pasado. Cuando la desgracia aparece por la puerta...

ANA. - Por favor, ¿tienes hora?

BELÉN. - Y cuarto.

ANA. - Gracias. No te vas a ir pronto, ¿verdad? Cuídame la toalla, por favor.

BELÉN. - ¿Te bañas ahora?

ANA. - Sólo voy a dar un paseo.

BELÉN. - No sé si estaré para tanto tiempo.

ANA. - ¿No?

BELÉN. - Si no, lo dejo todo donde la caseta.

ANA. - Déjalo, me quedo.

BELÉN. - No pasa nada. Yo he dejado cosas ahí y no toca nadie.

ANA. - Da igual.

BELÉN. - ¿Y?

ANA. - Por lo menos, podré fumar, ¿no?

BELÉN. - Sin echarme el humo...

ANA. - Dios, no sé cómo aguanto. Si no fuera... Claro, si no fuera...

(ANA enciende el cigarrillo. La brisa le apaga varias veces la lumbre del mechero. Lo repite una y otra vez. Mira fuera de escena y sonrío. Abandona su lugar y se ausenta por un tiempo prolongado. BELÉN se levanta y mira. Se vuelve a tumbar. Se vuelve a levantar, curiosa, y mira sin ningún recato a su amiga. Se escucha parloteos y risas de Ana y un chico. BELÉN se echa de golpe a la toalla. ANA entra y la mira. Vuelve a salir.

Regresa riéndose, con el cigarrillo encendido. Se sienta en la toalla. BELÉN se incorpora.)

BELÉN. - Fumar, fumar, fumar. Tanta gente que muere al día por culpa del tabaco. Cáncer, infartos, problemas pulmonares. ¿Qué ganas fumando? En América las productoras de tabaco se ven obligadas a pagar millones como indemnización. Todo el mundo sabe lo que se juega. Pero, ¿aquí? Y lo que es lamentable es la falta de educación, invadirme con tu humo y convertirme en fumadora pasiva. ¿Quién era?

ANA. - ¿Quién era quién?

BELÉN. - El chico con el que hablabas. Ése tan simpático.

ANA. - ¡Simpático!

BELÉN. - Por lo menos, tú te reías.

ANA. - Claro.

BELÉN. - Te diría algo gracioso.

ANA. - Graciosísimo. No me jodas, bonita.

BELÉN. - ¿Te molesta?

ANA. - ¿No le has reconocido? Llevas toda la vida viéndole.

BELÉN. - No recuerdo.

ANA. - Aunque, la verdad, es que no hay quien le reconozca.

BELÉN. - Déjame recordar.

ANA. - ¿Quieres pistas?

BELÉN. - Espera, espera... No me digas que es...

ANA. - Sí.

BELÉN. - El año pasado era un niño.

ANA. - El año pasado.

BELÉN. - Pero no puede haber... crecido tan de golpe.

ANA. - ¡Tan de golpe!

BELÉN. - Desde luego, aparenta mayor.

ANA. - Todo un viejo.

BELÉN. - Más hombre.

ANA. - Un buen pedazo de hombre.

BELÉN. - Cómo es posible que se haya puesto tan, tan...

ANA. - ¿Te gusta?

BELÉN. - ¡Ana!

ANA. - Te lo presento.

BELÉN. - Presentarme a un niño.

ANA. - Todo nuevo, para ti. Mira.

BELÉN. - ¿Qué haces?

ANA. - Se ha dado cuenta de que le mirábamos. Ven.

BELÉN. - ¡No!

ANA. - ¿Prefieres que venga él?

BELÉN. - Eso jamás.

ANA. - No te hagas la estrecha.

BELÉN. - Pero si se ve que es a ti a quien se le va el culo por ese niño.

ANA. - ¿A mí? Lo que tú digas. Bueno, a nadie le amarga un dulce.

BELÉN. - Y quieres ponerme a mí por delante para cubrirte las espaldas.

ANA. - Lo querrás para ti sola.

BELÉN. - Nos está sonriendo.

ANA. - Sonríele tú. ¡Hola!

BELÉN. - Si hace dos años le hacía castillitos de arena.

ANA. - Mira ese pecho de mar.

BELÉN. - Y no hace mucho, le montaba a caballito.

ANA. - Esos hombros y esos brazos.

BELÉN. - Hmm. Sí, sí.

ANA. - Y ese culo que...

BELÉN. - Las manos, fijate qué manos... Esos dedos... El pulgar...

ANA. - Degenerada.

BELÉN. - ¡Ana!

ANA. - ¡Belén!

BELÉN. - Me haces decir cosas como, como...

ANA. - Yo no niego lo que me gusta.

BELÉN. - Lo tuyo no tiene nombre.

ANA. - Te ha sonreído.

BELÉN. - ¿A mí? ¿De verdad?

ANA. - Ahora o nunca.

BELÉN. - Me vas a arrancar el brazo.

ANA. - Que él elija, ¿vale?

BELÉN. - Pero, ¿cómo...?

ANA. - Vamos a comprar helados, le saludamos de paso y ya está. Si hay suerte hablas de lo que sea con él y si no, nada.

BELÉN. - Pero, ¿por quién me tomas?

ANA. - Me apetece uno de limón. El más grande. Tú pagas.

(ANA se levanta y tira de BELÉN, haciéndola salir de escena. BELÉN vuelve a entrar en escena. ANA entre tras ella y la coge de la mano, tirando hacia afuera.)

ANA. - Vamos, no seas tonta.

BELÉN. - Idiota.

(BELÉN, con toda dignidad, coge de entre sus cosas una tela de gasa, un pareo con el que se cubre de forma exagerada sus cartucheras.)

ANA. - Anda, boba.

(El mar ruge ante las dos toallas abandonadas. Pasa un tiempo. Oímos las risas de las dos mujeres. Entran con un helado en la mano cada una. BELÉN deja de reírse. ANA se queda riendo sola, y modula su voz hasta convertirla en una tosecilla. BELÉN extiende su toalla cuidadosamente y se sienta.)

BELÉN. - No era él.

ANA. - Claro que sí.

BELÉN. - Le confundes.

ANA. - Aunque tengas razón, el chico merecía, ¿no?

BELÉN. - Qué vergüenza.

ANA. - Te da ahora.

BELÉN. - Podría ser su madre.

ANA. - Entonces yo sería su abuela.

BELÉN. - Te falta poco.

ANA. - Belén...

BELÉN. - Aunque viendo cómo miras a los del surf...

ANA. - Reconoce que el chico te gusta tanto o más que a mí.

BELÉN. - Es inmoral.

ANA. - Pero no engorda.

BELÉN. - Sin alguien se enterara...

ANA. - ¿Quién?

BELÉN. - Tú.

ANA. - No.

BELÉN. - Seguro que se lo contarías a alguien.

ANA. - Somos amigas.

BELÉN. - ¿Quieres que recuerde?

ANA. - ¿Qué me tienes que echar en cara?

BELÉN. - Somos amigas.

ANA. - Dejémoslo.

BELÉN. - Vete a verla.

ANA. - Creí que ese asunto ya estaba cerrado. Y otra vez...

BELÉN. - Prométemelo.

ANA. - No puedo. Lo sabes bien.

BELÉN. - No todo se lo lleva el viento. Algo debe quedar.

ANA. - No te imaginas todo lo que ocurrió.

BELÉN. - Ella olvidó.

ANA. - No hay nada que olvidar.

BELÉN. - Lo está pasando muy mal.

ANA. - Cuando yo las pasé putas, nadie se acordó de mí.

BELÉN. - No merece la pena seguir así.
ANA. - Sí, pero...
BELÉN. - Prométemelo.
ANA. - Ahora mismo, si tú supieras, ahora mismo...
BELÉN. - ¿Quieres contarme algo?
ANA. - No. ¿Qué te lo hace pensar?
BELÉN. - Vamos.

(PAUSA.)

ANA. - ¿Cuándo son las visitas?
BELÉN. - Tú vete y no habrá problema.
ANA. - No me apetece ir para darme la vuelta por no poder entrar.
BELÉN. - Es cuestión tuya.
ANA. - No es que no quiera ir.
BELÉN. - Me preguntó varias veces por ti.
ANA. - Pero si me detienen en la entrada, a ella de poco le servirá.
BELÉN. - Tú sabrás.
ANA. - Llamaré y preguntaré cuándo y cómo.
BELÉN. - Ahí no cogen el teléfono.
ANA. - Al móvil. A algún teléfono. O un telegrama. Algo tiene que funcionar. No. Esto no tiene sentido.
BELÉN. - Si realmente quieres verla, ve al hospital.
ANA. - No hay quien hable contigo.
BELÉN. - Allá tú, por supuesto. Yo te he disculpado, pero ella se ha dado cuenta. Es difícil mentirle a alguien en su situación. No me dijo nada, pero sus ojos me pedían que hiciera todo lo que pudiera. Pero, al fin y al cabo, es cuestión más tuya que mía, ¿me equivoco? Después de lo que le pasó. Debió de ser fuerte. Tú sabrás.

(ANA se ha levantado. Pasea al lado del mar. BELÉN se incorpora.)

BELÉN. - Te estoy hablando.
ANA. - Te oigo.
BELÉN. - ¿Quieres oír cómo fue o no?
ANA. - No dejo de oírte. Habla. ¡Habla!
BELÉN. - No tienes por qué irte al otro extremo de la playa.
ANA. - Te escucho muy bien.
BELÉN. - Como si a alguien más le interesara.
ANA. - Cacho cabrona.

(ANA vuelve con mal humor a la toalla. Se queda de pie, en jarras, mirando a BELÉN, que sin alterarse se queda mirando al suelo.)

BELÉN. - No quieres saberlo. Finge por una vez más. A mí no me engañas. Sólo cierra los ojos.

Vamos. Seguro que quieres saber cómo ocurrió.

ANA. - No.

BELÉN. - No haberlo visto. Toda la calle. Apretó pero ya lo tenía encima. Y nada más.

(ANA mira al suelo avergonzada. BELÉN la mira a la cara. ANA se sienta, dócil, en la toalla.)

ANA. - ¿Fue en sábado?

BELÉN. - ¡Qué más da! Un día, otro...

(Una radio inoportuna eleva el volumen de la canción del verano hasta hacer enmudecer cualquier otro ruido, incluyendo el sonido de las conversaciones. BELÉN grita. La radio se corta de repente. BELÉN se queda gritando en medio del nuevo silencio.)

BELÉN. - ...lo más importante. Ya fuera lunes u...

(Se calla avergonzada. Se siente mirada por todos. ANA sonrío tristemente.)

ANA. - ...otro día.

BELÉN. - A veces creo que...

ANA. - Tranquilízate.

BELÉN. - No sé qué pinto en esto.

ANA. - Luego hablamos.

BELÉN. - Siempre "luego hablamos". Luego. Mira lo que tienes alrededor. Ahora.

ANA. - Te prometo que...

BELÉN. - Más promesas. Que son aire. Que se las lleva el viento.

ANA. - Esta vez...

BELÉN. - Esta vez...

(La radio vuelve a ocultar la voz de BELÉN. Grita, rebosante de rabia, pero su voz queda completamente enmascarada por la pachanga. BELÉN enfila el origen del ruido. Apunta. Dispara: sale de escena. Una breve pausa. La radio se corta. Al poco, vuelve BELÉN. Se sienta en su toalla, conteniendo la indignación. ANA se levanta. Poco a poco, se acerca a ella. Se sienta.)

BELÉN. - ¿Y tú qué?

ANA. - Perdona.

BELÉN. - Da igual.

ANA. - No creas que las cosas son tan fáciles.

No creas que no quisiera hacer lo que me dices. Pero a veces uno no puede hacer lo que tan fácil parece. Ojalá pudieras comprenderme. Ojalá fuera todo tan fácil. Ojalá la realidad no fuera tan cruda.

BELÉN. - Sí, ojalá.

ANA. - ¿Me estás oyendo?

(PAUSA. ANA abre un paquete de pañuelos de celulosa y le pasa uno. BELÉN se suena sonoramente. ANA le pasa otro. BELÉN se lo acepta, agradeciéndoselo en silencio. ANA guarda el paquete. BELÉN acaba y le intenta devolver los pañuelos usados a ANA, pero ésta le da su espalda, al estar ocupada en recoger las cosas de su bolso. BELÉN no sabe qué hacer con los papeles sucios. ANA se vuelve. BELÉN esconde los papeles en la arena, dejando la mano oculta en ella. ANA la mira extrañada. BELÉN sonrío forzada. La radio revive: suena la canción del verano. Las dos mujeres se ríen. ANA se levanta. Tira de BELÉN, que se niega. Al final, lo consigue, y empiezan a bailar al son de la música. BELÉN se contonea arriesgadamente. ANA palmotea. ANA le indica un punto, no muy lejos de ellas. BELÉN, imitándola, mirará adonde ella mira. Las dos se quedan atontadas por lo que ven, sin dejar de bailar.)

BELÉN. - ¿Sí?

ANA. - Sí.

BELÉN. - ¿Sí?

ANA. - Me pareció.

BELÉN. - Seguro.

ANA. - No, no es él.

BELÉN. - Uhm.

ANA. - Tiene un aire.

BELÉN. - Tú sí que tienes un aire.

ANA. - ¡Eh!

BELÉN. - Perdón.

(La radio se corta, se pierde en interferencias y acaba en un frío noticiario. BELÉN se da cuenta del ridículo que está haciendo. Se sienta empotrándose en su toalla. ANA se sienta a su lado.)

ANA. - ¿Entonces?

BELÉN. - Vino por delante y se la llevó.

(ANA calla.)

No sé para qué pierdo el tiempo contándote nada.

(BELÉN se echa boca arriba. ANA, incómoda, no sabe qué actitud tomar. PAUSA. ANA intenta la comunicación en varias ocasiones, eligiendo algo que decir, descartándolo, hasta que al final se atreve a llamar su atención.)

ANA. - ¿Comes aquí?

BELÉN. - Creo que vendrán a por mí.

ANA. - ¿Después del eclipse?

BELÉN. - Por ahí, más o menos.

ANA. - Yo no sé que hacer.

BELÉN. - Tú misma.

ANA. - ¿Vas a ir luego?

BELÉN. - Fui esta mañana.

ANA. - Podríamos ir juntas.

BELÉN. - No.

ANA. - Por favor.

BELÉN. - Es cuestión tuya y de ella. Yo en esto como aparte.

ANA. - Sabes que las cosas no han sido fáciles.

BELÉN. - No quiero saber nada.

ANA. - Me gustaría tanto ver este eclipse. Ya debe apreciarse. ¿Me oyes?

BELÉN. - Sí.

ANA. - No puedo ir.

(ANA sale de escena. BELÉN se incorpora y la sigue con la mirada. Deja de mirarla, coge una revista y la hojea. ANA vuelve de bañarse. Viene con el pelo mojado. Se seca con la toalla. Una bolsa de plástico cruza el escenario. ANA ríe.)

BELÉN. - ¿Qué?

ANA. - Nada.

BELÉN. - ¿Qué?

ANA. - Nada.

BELÉN. - Anda.

ANA. - Una tontería.

BELÉN. - Anda.

ANA. - Si veo una bolsa al aire siempre me acuerdo de lo mismo, en mi noche de bodas, el hotel en Albacete, porque la compañía de viaje era así de triste. Gran crucero por el Mediterráneo con primera noche de escala en Albacete. Venía gente de Galicia. Yo que por la mañana de blanco y ahora en un auto.car sin aire entrando en Albacete. Y el hotel en que nos metieron. No digo yo que no los haya peores. Pero el colchón se movía, fijate. La de mierda que debía tener. Y Mario que le da propina al conserje, que lo único que hizo fui darnos la llave y yo subiendo maletas, un quinto sin ascensor. Luego nos reímos, pero en ese momento. Me negué a dormir en esa cama, claro. Y él empeñado, claro, era un regalo de sus tíos. Saint Tropez, Niza, San Remo, Nápoles, Las Islas Griegas y Albacete. De fábula. Y quiso meterse en la cama y yo ni acostarme en el sofá. Menudo viaje me esperaba. Asomada toda la noche a la ventana. Un viento que golpeaba el cristal y él dando vueltas y mirando de vez en cuando. Yo como si nada. Y el viento cada vez más y más. Uuuuuuh, uhhhhhh, uuuuuuh. Pensando en una isla griega. Aunque el sueño me doblaba. Y él que si no vienes. No. Y que si me voy a pasar la noche entera así. Silencio. Y que mañana nos espera un viaje largo. Nada. Así hasta que calló su boca. Del todo. Y a roncar como un gocho. En dónde me había metido. Y miraba por la ventana, Albacete by night. Ni un alma. El viento. Craj. Me di un golpe en la cabeza contra la ventana del susto. Él seguía roncando. El viento. Fue el viento. El cristal de un escaparate. Roto, y toda la ropa del escaparate, a volar. Y allí ante mi ventana, un quinto, unos calzoncillos y una chaqueta, como fantasmas, ondeando delante de mí. Uuuh, uuuh, uuuh. ¿Eh? ¿Eh?

BELÉN. - ¿Sí?

ANA. - Nada.

BELÉN. - Es que con este calor.

ANA. - Da igual.

BELÉN. - ¿Qué decías?

ANA. - Nada.

BELÉN. - ¿Qué hora es?

ANA. - Nunca llevo reloj.

(BELÉN mira su reloj y no dice nada. Las dos mujeres miran hacia el sol. BELÉN baja en seguida la mirada. Se fija en ANA, que parece mirar al sol sin darse cuenta del posible daño. BELÉN llama la atención de ANA.)

BELÉN. - ¡Eh!

ANA. - Me he quedado como una tonta.

BELÉN. - Cuidado. Si no te quieres quedar para vender cupones.

ANA. - Lo tendré.

BELÉN. - Con este calor...

(BELÉN saca un bocadillo envuelto en papel de aluminio. Una barra entera, que desenvuelve con escándalo y desvergüenza. ANA la mira sin creerse el tamaño del bocadillo.)

...y a estas horas me entra como un ruidillo
en el estómago...

ANA. - ¿Te vas a comer eso?

BELÉN. - Si gustas.

ANA. - ¿De qué es?

BELÉN. - Pepito de ternera. Con su lechuga, su tomate, sus pimentitos, espárragos y queso fundido.

ANA. - Primero las pipas y ahora esto.

BELÉN. - ¿Pruebas?

ANA. - Carne. No.

BELÉN. - Un filete y el resto son verduritas. Dieta mediterránea.

ANA. - ¡Una barra entera!

BELÉN. - Si no me apetece más, lo guardo para la tarde.

ANA. - ¡Qué barbaridad!

BELÉN. - Engorda tanto como media coca - cola.

ANA. - Media coca - cola, qué barbaridad.

BELÉN. - Media coca - cola light.

ANA. - Si lo miras así...

BELÉN. - En el régimen lo pone.

ANA. - Sí, sí. Claro. El régimen lo pone.

BELÉN. - ¿Me estás llamando gorda?

ANA. - Si te gusta a ti...

BELÉN. - Pero, ¿quieres tú o no?

ANA. - ¡Miles y miles de calorías!

BELÉN. - Allá tú.

ANA. - Ni una talla más.

BELÉN. - Eres una cerda.

ANA. - El caso es que tú te sientes bien contigo misma.

(BELÉN ataca el bocadillo con furia. ANA se mira su vientre plano, pasándose la palma de la mano por enci.ma. BELÉN, indignada, abre una bolsa de patatas gigante con el estrépito del celofán.)

BELÉN. - Supongo que no te apetecerán.

ANA. - Si quieres, por probar.

BELÉN. - No te pido ningún favor.

ANA. - Mujer, siempre apetece.

BELÉN. - Ni una.

ANA. - No te lo tomes a mal.

BELÉN. - Mira.

(BELÉN muerde una patata. Luego otra, y otra. Los crujidos son toda una sinfonía.)

Seguro que te irían muy mal. Tantas calorías.

ANA. - No vamos a discutir por unas patatas.

BELÉN. - Claro que no. ¿No quieres, no?

ANA. - No.

BELÉN. - Onduladas, con sabor a jamón.

ANA. - No.

BELÉN. - Crujen en la boca y se convierten en átomos de puro sabor.

ANA. - No tengo nada de hambre.

BELÉN. - Esta bolsa tan enorme.

(ANA se sienta hecha un ovillo cogiéndose de las rodillas y mira de refilón al sol. Deja de mirarlo y mira al suelo.)

ANA. - Odio la playa.

BELÉN. - Las del Mediterráneo están mejor.

ANA. - ¿Qué dices? Con la boca llena, no te entiendo nada.

BELÉN. - Que sin duda las hay mejores.

ANA. - No, yo no odio esta playa. Odio ir a la playa. A cualquier playa.

BELÉN. - Si siempre estás aquí.

ANA. - ¿A dónde quieres que vaya?

BELÉN. - Como tú me dices...

ANA. - Yo no te digo nada.

BELÉN. - Bueno.

ANA. - Si no fuera porque...

BELÉN. - ¿Porque no hay ningún otro sitio donde ir...? ANA. - No es eso.

BELÉN. - Ya sabes que hay gente que siempre te esperaría con los brazos abiertos.

ANA. - Ya te he dicho antes lo que hay y lo que no hay.

BELÉN. - Está bien.

(BELÉN le tiende la bolsa de patatas a ANA. Ésta la mira, examinando las intenciones de su amiga. BELÉN agita la bolsa, sonriendo. ANA coge una patata y muerde con ganas. BELÉN hace lo mismo. ANA coge una nueva patata. Y siguen así, comiendo patatas con estrépito y riéndose. El ruido de un motor.)

BELÉN. - Un avión.

ANA. - Entonces ya son más de las dos.

BELÉN. - ¿Cómo vuela tan bajo?

ANA. - Ahora soltará los balones.

BELÉN. - ¿Para qué?

ANA. - Danone.

BELÉN. - ¿El yogur?

ANA. - Publicidad.

BELÉN. - ¿Y eso?

ANA. - Llevan toda la semana con lo mismo. Miles de balones.

BELÉN. - Anda que si tenemos suerte.

ANA. - ¡No! Eso no. ¿Ves cómo se levanta la gente?

BELÉN. - ¡Qué horror!

ANA. - No me digas que no es para odiar la playa.

BELÉN. - ¿Llegarán a nosotras?

ANA. - Reza para que no les dé por tirar por aquí.

(Desde el cielo, un silbido les hace mirar hacia arriba. El balón baja, sus miradas bajan. BELÉN coge la sombrilla, ANA se arrolla las toallas alrededor de los brazos. El balón no cae donde están ellas.)

BELÉN. - ¿Caerán más?

ANA. - Dios no lo quiera.

(Un balón de DANONE cae del cielo. BELÉN lo coge y lo tira fuera de escena. Ven la reacción de la gente, un tanto sorprendidas de su desmesura. Respiran tranquilas y vuelven a ocupar sus posiciones.)

ANA. - Me ha entrado frío.

BELÉN. - Final de verano.

ANA. - Ha sido un repelús.

BELÉN. - ¿Una chaqueta?

ANA. - No, gracias. Con este sol.

BELÉN. - Vamos, hasta que se te pase.

ANA. - De acuerdo.

BELÉN. - Muchas veces me pregunto por qué siempre vengo a esta playa.

ANA. - Es la mejor.
BELÉN. - Hay otras que son mejores.
ANA. - Demasiado lejos.
BELÉN. - Hay autobuses.
ANA. - Tardan demasiado.
BELÉN. - No todos.
ANA. - En ésas hay demasiada gente.
BELÉN. - También aquí.
ANA. - Yo no me cambiaría a ninguna otra playa.
BELÉN. - Tú las odias.
ANA. - Y vengo aquí.
BELÉN. - ¿Y a una del Caribe...?
ANA. - Podríamos pensarlo.
BELÉN. - Podríamos.

(Una radio empieza a soltar, de nuevo, la canción del verano. BELÉN empieza a tararearla. ANA la mira, extrañada.)

ANA. - No me digas que te gusta.
BELÉN. - ¿Molesto?

(BELÉN canturrea en voz cada vez más alta la pegadiza canción.)

ANA. - Toma, tu chaqueta.

(ANA se quita la chaqueta y se la tira a BELÉN.)

BELÉN. - Venga, tú eres una mujer joven, liberal, sin prejuicios.
ANA. - ¡Hortera!
BELÉN. - ¡Pija!
ANA. - No cantes.
BELÉN. - Yo hago lo que quiero.

(BELÉN canta cada vez más alto. ANA no puede aguantar más la broma y se une a ella, parodiándola con voz chillona. BELÉN deja de cantar y se queda con la boca abierta.)

BELÉN. - Mira, allí, allí. Es ése.
ANA. - ¿Quién?
BELÉN. - El hombre del Amor.
ANA. - Oh, señor hombre del Amor. Dos puntos. Mi buena amiga necesita un estímulo de forma urgente.
BELÉN. - Allí.
ANA. - ¿El del pelo blanco?
BELÉN. - Te dije que era muy interesante.

ANA. - Sí.

BELÉN. - A que ya sabes quién es.

ANA. - Creo que ahora sí que tú te confundes.

BELÉN. - No, es él.

ANA. - No parece.

(ANA se echa boca abajo.)

BELÉN. - Mucho mayor, ¿verdad? Pero, ¿no te interesa?

ANA. - Un poco gordo.

BELÉN. - La tele hace milagros.

ANA. - Cuando yo le conocí, era otra cosa.

BELÉN. - Claro. Ya saltó. Y amiga personal, supongo.

ANA. - Chica, no.

BELÉN. - Al final, resultará que fuisteis novios.

ANA. - No. Yo era cajera de Sepu y él trabajaba arriba en Radio Mil.

BELÉN. - Y siempre quedabais para tomar un café.

ANA. - Yo prefería un chocolate.

BELÉN. - Oh, claro.

ANA. - Y no te creas, nos invitaba siempre.

BELÉN. - Qué generoso.

ANA. - A mí y a todas las chicas. Solíamos tontear los de la radio con nosotras, la chicas de Sepu.

No había mucho donde entretenerse en aquella época. Disculpa.

¡Hola!

BELÉN. - ¿A dónde vas?

ANA. - Tanto hablar de él y al mirarle tanto, claro, me ha reconocido. ¡Alberto!

BELÉN. - ¿Pero es verdad? ¿De verdad que es verdad?

(BELÉN se queda boquiabierto viendo a su amiga con su ídolo. Rebusca en su bolso, luego en el bolso de ANA, y se pinta los labios. Se levanta, ensayando una sonrisa. Se echa las manos a las cartucheras. Busca el pareo y púdicamente se cubre con él las caderas. Se vuelve a colocar la sonrisa, y sale con decisión. Sin que apenas pase ni un segundo después de su salida, ANA la vuelve a meter a escena, empujándola y haciéndola andar hacia atrás. BELÉN forcejea inútilmente.)

BELÉN. - Déjame.

ANA. - Ya se ha ido.

BELÉN. - No me has dejado ni presentarme.

ANA. - Me dijo que tenía prisa.

BELÉN. - Ni que fuera a perder el tren.

ANA. - Hacía años que no le veía.

BELÉN. - Está muy bien en persona.

ANA. - Tenías que haberle conocido en sus años.

BELÉN. - Si está estupendo.

ANA. - Psss.

BELÉN. - Creída.

ANA. - La verdad es que con él hubo más que un coqueteo. Intentó que quedáramos alguna vez, fuera del bar de todos los días en que nos veíamos, rodeados de gente. Una noche, quedamos para cenar, y luego fuimos a la verbena. Pero no llegamos a congeniar. Subimos a la noria. Espantó a un par de niños que querían meterse en nuestra cabina. La noria giró y se detuvo, justo arriba. Desde allí, la ciudad era una telaraña de luces. Hacía frío y me dejó su chaqueta. Olía a tabaco y a esa colonia para hombres que yo solía venderle en los almacenes. Tras ese día, pasó el tiempo, no volvió a haber otra oportunidad. Él siguió su vida, yo la mía. Alguna vez, nos encontrábamos, de forma esporádica. Cruzábamos un par de saludos, no nos atrevíamos a más. Un día, hará unos diez años, me lo encontré en otros grandes almacenes. Los dos íbamos de compras. Quiso hablar conmigo más de las dos palabras de costumbre. Pero yo iba con él. Ya me había casado con mi marido, quizá por acabar con una rutina a la que no le veía fin. Desapareció en cuanto vino mi marido. Hasta hoy. A ti. ¿Cómo te van los hombres?

BELÉN. - ¿A mí?

ANA. - A ti.

BELÉN. - Como a todas.

ANA. - Vamos, dílo.

BELÉN. - Bueno, pues...

ANA. - Entre amigas, ¿a cuántos?

BELÉN. - ¿A cuántos, qué?

ANA. - Tú eres un poco monja.

BELÉN. - ¿Yo?

ANA. - Seguro que mentalmente eres virgen.

BELÉN. - ¡Ana!

ANA. - O absolutamente virgen, del todo virgen.

BELÉN. - Mira, Ana, he sido madre dos veces.

ANA. - ¿Y qué? Cada vez que ves a un hombre parece que quieres meterte debajo de la toalla.

BELÉN. - ¿Yo?

ANA. - Sácale más jugo a la vida.

(BELÉN la mira sin saber qué decir. Toma una determinación. Se arranca la parte de arriba del bikini, quedando con los pechos al aire, desafiantes.)

ANA. - ¡Loca!

BELÉN. - ¿Por qué?

ANA. - Esta playa está llena de niños.

BELÉN. - Esto es ya del todo normal.

ANA. - Aquí no.

BELÉN. - ¿No serás tú un poco monja?

ANA. - ¿Yo?

BELÉN. - ¿No le das demasiada importancia a “esas cosas”?

ANA. - Belén.

BELÉN. - Como si tuvieras algún trauma.

ANA. - ¿Tú me dices eso a mí?

BELÉN. - Tanto te alteras...

ANA. - “Eso” no quiere decir nada.

(ANA se arranca también el sujetador del traje de baño.)

Bien.

BELÉN. - Bien.

ANA. - La crema.

(BELÉN le pasa la crema. ANA se la aplica sobre los pechos. Luego se la tiende a BELÉN, que también se unta los pechos con ella.)

BELÉN. - Y ahora dime, querida, ¿cómo te van a ti los hombres?

ANA. - Me van todos los que no me tienen en casa todo el día cocinando, limpiando, planchando, para que luego vengan a destiempo, dejen los zapatos donde les salga en gana y aúllen “mi comida, mi comida”, como si estuvieran en la jungla.

BELÉN. - ¿Te acostaste con él?

ANA. - ¿Con Alberto?

BELÉN. - No te hagas la tonta. Sabes a quién me refiero.

ANA. - ¿Qué te dijeron ellos?

BELÉN. - Lo justo.

ANA. - ¿Él?

BELÉN. - Nada.

ANA. - Si no, mentiría.

BELÉN. - Ella...

ANA. - ¿Qué puede decir ella?

BELÉN. - Nada.

ANA. - No puede decir nada.

BELÉN. - No dijo nada.

ANA. - ¿Entonces?

BELÉN. - No hizo falta.

(ANA calla, avergonzada. BELÉN intenta mirar para otro lado.)

ANA. - Si quieres explicaciones...

BELÉN. - No me interesan.

ANA. - Entonces, ¿por qué todo esto?

BELÉN. - Creo haber sido muy clara.

ANA. - No sabes lo que me pides.

BELÉN. - ¿Crees que no?

ANA. - Ahora no.

BELÉN. - Siempre excusas.

ANA. - Pero tú no puedes saber...

BELÉN. - ¿El qué?

ANA. - Ahora mismo no, por favor.

BELÉN. - ¿Cuánto crees que se puede esperar?

ANA. - Belén...

BELÉN. - Las cosas son aquí y ahora, no cuando nos venga bien.

ANA. - Ahora mismo...

BELÉN. - No hay que esperar hasta al fin del mundo.

ANA. - Todas os creéis que mi vida es fácil...

BELÉN. - Mira a tu alrededor. Sólo he venido yo.

ANA. - No me hubiera faltado nada si no lo hubieras hecho.

BELÉN. - Es así como piensas. O por lo menos, como hablas. Las cosas que dices. Puede que en contra de lo que realmente sientes. No lo sé. Pero yo creo que las cosas no son como parecen. En el fondo, confío en ti.

ANA. - ¿Y eso de qué me sirve?

BELÉN. - Simplemente, para que un día no mires a tu alrededor y sólo veas arena.

(ANA baja la mirada.)

ANA. - Mi querida amiga, mi comprensiva amiga, mi maravillosa amiga. Estoy harta de tanta hipocresía. Estoy harta de tener a mi alrededor cotorras que lo único que están esperando es que me dé la vuelta para criticarme. Mejor estar sola.

BELÉN. - Estás sola.

ANA. - ¿Crees que puedes juzgarme? ¿Todas os creéis superiores a mí? ¿Tan despreciable os parezco? Mírate. No sé si me das más risa que asco. Tan buena persona ella.

BELÉN. - Vamos, escúpelo.

ANA. - ¿A qué has venido, a reírte de mí? Tendrías que verte, con tu forma de pensar, de hablar. Pero también todas sabemos lo que pasó en tu casa. ¿Dónde están tus hijos? ¿No tienes nada mejor que venir aquí, a reírte de mí, en mi cara? ¿Y las demás, no sabemos lo que hacen las demás? Pero es hora de tirar la primera piedra, y todas se apresuran a ir contra mí.

BELÉN. - Sigue, vamos, sigue dándote lástima a ti misma.

ANA. - No soy peor que ninguna de vosotras.

BELÉN. - Mal de muchos...

ANA. - Me sacas de quicio.

BELÉN. - Eso es lo que quiero.

ANA. - ¿Por qué?

BELÉN. - Porque yo también estoy harta de todo.

ANA. - ¿Y qué ganas con esto?

BELÉN. - Lo hago por ti, por mí. Para que nunca lleguemos a avergonzarnos de nada.

ANA. - Pero tú piensas como las demás.

(PAUSA.)

BELÉN. - Sí.

ANA. - No eres mejor que ninguna.

BELÉN. - No.

ANA. - Deja de hacerte la mártir.

BELÉN. - Yo también estoy harta. Todo lo que tuve que aguantar entonces. Todo lo que sabía que decíais de mí cuando yo no estaba. Todo lo que tú decías de mí. Y todo lo que todavía tengo que aguantar. ¿Para qué? ¿Para que me sigas insultando ahora? ¿Para que te rías de mí?

ANA. - Me da igual lo que digas. Todas te conocemos.

BELÉN. - Te importa mucho lo que digan las otras. Siempre que digan lo que tú quieres oír.

ANA. - ¿Y tú?

BELÉN. - Por encima de lo que digan las demás, debemos tener cuidado con lo que hacemos. Por nosotras.

ANA. - ¿Sabes lo que me estás haciendo tú ahora?

BELÉN. - Sé lo que puede ocurrir a partir de ahora. Y tú sabes a qué me refiero. Lo peor no es que acabes sola. Lo peor es que te sientas sola.

(SILENCIO.)

ANA. - ¿Tú me crees así?

BELÉN. - Ana...

ANA. - Realmente, ¿tú cómo me ves?

BELÉN. - Como una buena amiga.

ANA. - ¿Te hice tanto daño?

BELÉN. - Lo pasado, pasado está.

ANA. - Gracias.

BELÉN. - Pero ahora puedes evitar hacer más daño. Antes de que sea demasiado tarde. ¿Me lo prometes?

ANA. - Iré.

BELÉN. - Es lo mejor para todos.

ANA. - Yo no hice nada.

BELÉN. - No es necesario que me expliques.

ANA. - Créeme.

BELÉN. - Te creo.

ANA. - En casa... Nos vamos a separar. Ayer hizo las maletas y se fue. Me quedé como una tonta mirando la puerta. Soy incapaz de entrar en la casa. Me siento tan vacía como ella. Esta puta playa.

(SILENCIO. Las olas rellenan con su clamor la quietud de la escena. Las mujeres miran al sol. Bajan la mirada. BELÉN vuelve a mirar al sol con las gafas, teniendo cuidado de entornar los ojos. Sonríe. Luego le pasa las gafas a ANA, que también lo ve y sonríe. Le devuelve las gafas.)

Nunca son las cosas como nos imaginamos.

BELÉN. - ¿Decepcionada?

ANA. - No.

BELÉN. - Siempre se sabe que hubo un eclipse porque lo dicen en la tele. ¿Y si mienten?

ANA. - ¿Quién?

BELÉN. - Los de la tele.

ANA. - ¿Mentir?

BELÉN. - Quién sabe. ¿Tú te fías del hombre del tiempo, o del del Amor?

ANA. - Como lo de los hombres en la Luna.

BELÉN. - ¿Qué?

ANA. - Hay gente que dice que fue todo mentira.

BELÉN. - ¿Sabes? No me importaría. No me importaría que no fuera verdad. Que por lo menos haya algún sitio donde nunca haya habido hombres.

ANA. - Hasta la Luna habría que irse.

BELÉN. - Primero, la Luna. Luego, nosotras. Fuera los hombres.

ANA. - Me ha dejado los ojos destrozados.

BELÉN. - La verdad es que a mí también me pican horrores.

ANA. - Para el próximo ahumaremos cristales.

BELÉN. - Anuncian unas gafas...

ANA. - No valdrán.

BELÉN. - Ahumaremos cristales.

ANA. - Y podremos comprobar la relatividad.

BELÉN. - ¿La relatividad de qué? ANA. - La relatividad, a secas.

(ANA Y BELÉN se quedan mirando al horizonte.

BELÉN comienza a canturrear la canción del verano. ANA le sigue. Se ríen. Alguien se acerca. Se callan y miran con la boca abierta.)

BELÉN. - ¿Es el mismo?

ANA. - No sé yo.

BELÉN. - El bañador...

ANA. - Todos se parecen.

BELÉN. - ¿Es él otra vez?

ANA. - No creo que tenga tanta cara.

BELÉN. - Entonces, si no es él...

ANA. - Me mira a mí.

BELÉN. - ¿Quieres darme crema?

ANA. - ¿Ahora? Con toda la arena.

BELÉN. - Estoy que ardo.

ANA. - Sí, es él. Qué ojos. Y qué culo. Me encantan los hombres con culo.

BELÉN. - Cuidado.

ANA. - Está mirando aquí. Me está mirando.

BELÉN. - ¿A ti o a mí?

ANA. - Qué sonrisa tiene.

BELÉN. - Coca cola light.

ANA. - Yo lo vi primero.

BELÉN. - Mira allí. Tu amigo. El del Amor. Te saluda.

ANA. - ¿No te gustaba tanto? Te lo regalo.

BELÉN. - ¿A cambio de qué?

ANA. - De nada, chati. Es un favor.

BELÉN. - Y tú te quedarías con Coca Cola Light. Ah, no.

ANA. - No querrás los dos para ti sola.

BELÉN. - Me cuesta decidirme. ¡Cuidado! Me aprietas.

ANA. - No ha sido mi intención.

BELÉN. - Seguro que no. Échame más crema.

ANA. - Vamos, decidido. Te presento a Alberto, para ti, y ya veré la manera de entrarle al mío.

BELÉN. - ¿Y tus manos?

ANA. - Mieeeerda.

BELÉN. - Anda y límpiate.

ANA. - Serás cerda. Deja de sonreírle.

BELÉN. - Adiós, adioooooós.

ANA. - No, tú no puedes.

BELÉN. - Luego te lo cuento. Igual Alberto me lleva a su programa.

ANA. - Eres una vaca.

BELÉN. - Y tú un hueso viejo.

ANA. - ¿No éramos amigas?

BELÉN. - Guárdame la toalla.